Pregón de San Antonio de Padua

Manuel Castillo López

Hermandad de los Dolores de Torreblanca

Parroquia de San Antonio de Padua - Sevilla

Estamos a las puertas de cumplir veinticinco años de nuestro Bautismo como Hermandad. Un buen número de personas éramos conscientes de que esos años previos a la erección canónica, siete para ser exacto, y pocos a la sazón comparados con estos casi veinticinco que llevamos ya recorridos desde ese momento histórico para nosotros y para Torreblanca, habían constituido una carrera vertiginosa que muy bien nos pudieron parecer más. Pero no, fueron siete. Muy concentrados, muy intensos, pero siete. Pues para ese buen número de personas sabemos que aquello no era un fin, sino un principio. Que si vertiginoso había sido ese tiempo previo, qué no nos esperaba a partir de entonces.

Bueno, pensándolo bien, quizá sí era un final más que un principio; o ¿por qué no?, ambas cosas. Fue un fin de una etapa, muy gratificante por cierto, y el principio de otra no menos apasionante.

Pero es cierto que otro buen número de personas creyeron que era un final y que ya teníamos todo hecho, que lo que vendría a continuación sería un mero trámite. Trabajado, sacrificado, sí, no lo dudo, pero una mera gestión. Que habíamos alcanzado ser Hermandad, una meta desde la cual ya no quedaba más que vivir del trámite conseguido.

Y si bien es cierto que todo cuanto hicimos aquellos años previos al nacimiento de la Hermandad fue una consecución de cosas dirigidas a crearla, no es menos cierto que a partir de ahí es cuando comenzó la verdadera responsabilidad y el inicio de una andadura más seria y comprometida.

Porque ahí es donde de verdad empezaba una actividad colegiada, con entidad jurídica. Ya no podríamos a partir de ahí, ni podemos ahora, escudarnos con vanas escusas justificando lo imposible.

Porque aquellos grupos de personas en los distintos momentos de aquellos siete años, que no teníamos arriba a nadie más que a nosotros mismos, si no hubiéramos prosperado encaminando nuestras intenciones para poner a la Hermandad en el barrio, no habría pasado nada. Simplemente no se hubiera dado lo que se dio. Pero una vez erigida la Institución Corporativa, colegiada y jurídicamente reconocida, la Hermandad ya no es una simple reunión de personas, fieles que pueden dejar al libre albedrío la dirección y efecto de sus acciones.

Ya hay que contemplar la importancia que la Hermandad como Entidad religiosa y social tiene. Ya sí existe algo más allá de las personas como tal. Ya, desde entonces, no es posible jugar a nada. Hay que ser muy crítico con lo que se intenta hacer. Y hablo del grueso común de los hermanos, que en sus Cabildos Generales nos reunimos para dar directrices con nuestras decisiones, y más comprometidos aún están los Oficiales de las Juntas de Gobierno que tienen por encima suyo, jerárquicamente hablando, a dos niveles más arriba, los hermanos y la Institución.

Es posible que en este camino de veinticinco años nos hayamos saltado alguna de estas más altas responsabilidades y otras muchas nimiedades de administración y convivencia, por no nombrar las religiosas, que quizá a mi entender son las más importantes, a las que menos se las cuida y de las que menos participamos.

Tengamos en este arranque previo del aniversario que se nos echa encima inexorablemente, un guía común, San Antonio de Padua.

Ya lo fue en aquellos primeros años, como patrón de un barco que empezábamos a construir y con quién nos amotinamos en cierta forma. Pongámoslo ahora de nuevo al frente del navío como Capitán y comencemos a reparar, primero en nosotros mismos, en nuestro interior, junto a él, y luego reparemos también la convivencia que lleva rota ya unos cuantos años.

No podemos llegar al año veinticinco de la Hermandad de Torreblanca con una celebración ficticia de la efeméride quedándonos en lo superficial, que es muy necesario, sí, pero es más importante el interior de cada uno de nosotros y el de la comunidad de cristianos que creamos y de la que formamos parte.

Hay que restaurar la cordura y la vida diaria. Hay que encauzar el esfuerzo para que no sea una o varias personas las que luego se lleven un mérito infundado, sino que todo cuanto se haga vaya en redundancia de todos por la compañía, por la convivencia, por la paz, por la caridad, y con esto será la Hermandad, la Institución, quien triunfe y se lleve los méritos por sí misma. De hecho algunos méritos ya se han recabado, pero los méritos son de la Institución. No nos equivoquemos. Nadie en particular ha traído esos reconocimientos, hemos sido todos y cada uno de nosotros. Ha sido la Hermandad como Institución quien los ha merecido.

No es un drama lo que digo, es un simple análisis que creo necesario y real.

Seamos sinceros con nosotros mismos y con los demás y acudamos a nuestro Santo Patrón para que nos de la lucidez y la humildad necesaria para cambiar las cosas en nuestro yo interno, en el gobierno de la Corporación, en la reunión de todos, en la comunidad parroquial y en nuestro barrio.

De este modo, acudo a ti San Antonio de Padua, y me sumerjo en tu bondad para pedirte que vuelvas a tomar las riendas de este grupo de fieles que necesitan de tus palabras sabias más que nunca.

Me dirijo a ti San Antonio
y con verdadero fervor
te pido que nos alumbres
por tu infinito Amor
para tomar con rigor
los necesarios mimbres
de un camino mejor.

Te rezo a ti San Antonio
y con humildad y tesón
te suplico que nos libres
de una pobre intención
para aumentar la misión
y a tu barrio mires
con amable atención.

Te ofrecemos a ti San Antonio
de palabra y corazón
el trabajo de tus fieles
que con verdadera disposición
y tu Amor sin condición
por nuestros actos gentiles
te honremos como patrón.

Querido Marcelino, administrador de ésta nuestra parroquia de San Antonio de Padua.

Carísimo Francisco, Párroco del Inmaculado Corazón de María.

Muy estimada comunidad Jesuita de Torreblanca.

Amadas hermanas de la comunidad de Santa Ángela de la Cruz.

Corporaciones e instituciones hermanas.

Representaciones y autoridades.

Queridos familiares y amigos.

Hermanos y vecinos.

Mi consideración, mi respeto y mi cariño para todos.

Como siempre que me dirijo a vosotros, sobre todo si es de este atril, es todo un honor y un privilegio, además de una responsabilidad y una dicha.

Que se deposite en mi persona un encargo como este, el de pregonar, requiere de mi parte manifestar mi agradecimiento sincero para quienes decidieron en su momento que yo tomara el encargo.

Os lo agradezco de todo corazón.

Pero a la vez también es un trabajo que requiere domar la superficialidad del efectismo y quienes me conocéis sabéis que suelo huir de la facilidad que puede suponer regalar los oídos para obtener un aplauso fácil.

Y es que no es un encargo fácil tampoco, pero voy a dejarme de introducciones y voy al grano, si os parece.

Esto que quiero pregonar me ha tenido indeciso una buena temporada. Y es que a veces la musa de la inspiración no es benévola cuando se tiene un encargo de este nivel, sobre todo cuando hay que hablar de nuestro Santo Patrón, pero después de darle muchas vueltas decidí que debía enseñaros quién era, quién es San Antonio de Padua, porque casi ni yo mismo conocía en profundidad su persona, su vida, su obra, su misión,…

Podría empezar con la premisa del AMOR. Sí, es una historia de Amor la que protagonizó San Antonio de Padua toda su vida. Pero una historia de Amor que no es con la concepción que todos podemos adivinar de esta frase. Es una historia de Amor, pero con mayúsculas.

Como ya expliqué en el pregón de cuaresma el año 14, cabe hacer una pequeña diferencia en la escritura de la palabra Amor, pero muy grande en la práctica de su definición.

Amor desde su uso de la razón, allá en Lisboa, su Ciudad natal. Ciudad en la que recibe de sus padres, Martín de Bulhoes y Teresa de Tavera, sobre todo de ella, una exquisita educación cristiana basada en el amor a Jesucristo.

Iglesia de San Antonio de Lisboa.

Lugar de la Casa Natal de San Antonio de Padua.

Catedral de Lisboa

Su familia era de casa noble. Era una familia acomodada establecida en una casa palacio de Lisboa, a pocos pasos de la Catedral, en pleno corazón del barrio medieval de Alfama. De aquella casa natal de San Antonio queda una pequeña capilla en el sótano de la Iglesia de San Antonio de Lisboa, como allí también le llaman, que se dice fue la habitación donde nació el Santo, ya que la iglesia fue construida sobre las ruinas de aquella casa palacio que dejó el desastroso terremoto que sufrió Lisboa en 1755.

Capilla del nacimiento de San Antonio de Padua

No quiero profundizar ni extender mucho las explicaciones históricas porque quizá sería aburrido, pero sí es bueno comprender al menos el contexto en que el recién nacido Fernando de Bulhoes y Tavera llegó al mundo. Nació en torno al año 1195, se sospecha el 15 de Agosto, como ya he dicho en la Ciudad de Lisboa. Una época en la que Portugal llevaba sólo seis décadas independiente de la Corona de León. Sancho I reinaba, sucediendo al primer Rey de Portugal el conquistador Alfonso I.

ESPAÑA ENTRE 1157 Y 1212

La Península Ibérica era un tablero de ajedrez. Los condados dependientes de la Corona Astur-Leonesa poco a poco se iban erigiendo en Reinos: Pamplona, Galicia, Castilla, Aragón y Portugal. Territorios que iban siendo reconquistados y que al tiempo iban tornando de Condados a Reinos.

Los Almohades, también recién llegados prácticamente al mundo musulmán de al-Ándalus en la península, habían barrido los reinos de taifas y habían frenado en 1195 la reconquista cristiana en la batalla de Alarcos.

Media península aún estaba enfrascada en la reconquista de la otra media.

En este panorama de intrigas palaciegas, de batallas de reconquista y de odio político feudal había nacido Fernando. Lógicamente estaba llamado a ser un futuro noble portugués a las órdenes de su Rey y quién sabe si con mando militar como Caballero, como buen vástago de su padre.

Pero ese Amor sembrado desde la cuna en su interior por su madre Teresa, iba impregnando poco a poco a Fernando. De muy niño ingresó en la Escuela Catedralicia de Lisboa para formarse en todas aquellas materias que eran de rigor en la infancia y juventud de los chicos de su clase… Gramática, Retórica, Música, Aritmética, Geografía, Astrología…

Fue por esos años cuando Fernando ya empieza a dar muestras de su capacidad de Amor. La pureza de su mente y de su alma ya parecía apuntar el destino de su santidad.

Cuentan las generaciones posteriores por todo el mundo que el pequeño Fernando acompañó a su padre a las tierras donde tenía sembrado grano. Le encargó la tarea de que cuidara que los pajarillos no comieran el grano. Pero San Antonio tenía siempre necesidad de acudir a la iglesia cerca de su casa para rezar y no sabía cómo hacer para cumplir con ambas cosas. Obedecer a su padre y rezar a Jesús.

Así que se le ocurrió hablar a los pajarillos que rondaban por las tierras y les pidió que entraran en una caseta de labranza que había cerca. Los pajarillos le hicieron caso y entraron todos en el lugar. Marchó entonces Fernando a la iglesia. Pero su padre llegó al campo y no vio a su hijo, quedando triste porque le había desobedecido y pensando dónde podría encontrarlo salió en su busca para reprenderle.

Le encontró en la iglesia, le hizo salir y le reprendió duramente. Pero San Antonio pidió a su padre que le acompañara. Se dirigieron de nuevo al campo y al abrir la puerta de la caseta dijo a los pajarillos que ya podían salir. Entonces todos salieron felices y su padre comprendió que su hijo había cumplido con lo que le pidió, además de entender también de que Dios acompañaba al pequeño Fernando en su interior.

Una vez instruido con gran triunfo y a pesar de las expectativas de su padre, decide que quiere ingresar en la abadía agustina de San Vicente a las afueras de la Ciudad, donde podía dedicarse a estudiar e imitar el camino de Jesucristo. Allí, además de estudiar los conocimientos clásicos y teológicos, San Antonio encuentra la tranquilidad y el sosiego suficiente para poder estar apartado del bullicio del mundo que le rodeaba y por fin emplearse en sus predilectos retiros de oración.

Pero incluso ya apartado de ese bullicio que parecía una distracción para su verdadera vocación, esos años no dejaba de recibir visitas asiduamente, que le alegraban, pero también le hacían flaquear con pensamientos de preocupación por la lógica unión familiar. Al tiempo la comunidad Agustina de ese preciado monasterio a las afueras de Lisboa, había considerado a Fernando como un casi indispensable miembro de su comunidad. Dado su fantástico dominio en pocos meses del estudio de los textos sagrados y también por su implicación humilde y servicial para con sus hermanos.

Monasterio de San Vicente de Fora - Lisboa

Quizá le costó decidirse. Pero nuestro querido Santo veía que ante tanta distracción y servicio no avanzaba en estar dedicado lo más posible a orar, a estar con Jesucristo como cuando niño, delante del sagrario con largas sesiones de oración y contemplación.

Es ahí cuando Fernando decide pedir al Prior el traslado a un convento más alejado de Lisboa, a la casa madre en Coimbra de los Canónigos Regulares de San Agustín. El monasterio de Santa Cruz.

Costó al Prior concederle el traslado porque sabía que perdía uno de sus mejores activos, pero ante la insistencia y razonamiento que San Antonio le daba, no pudo rechazar su petición.

Monasterio de Santa Cruz - Coimbra

Así con unos diecisiete años, Fernando llega a Coimbra. Allí encuentra lo que ansiaba. Poder prestarse a la por fin hallada tranquilidad de mente y espíritu para poder dedicar todo su tiempo posible al estudio de los grandes teólogos y doctores de la iglesia, orar, meditar, discernir, encontrar todos los aspectos positivos que Dios ofrece a los hombres y gozar de la cercanía con las enseñanzas de Jesucristo. Era inseparable de los Santos Evangelios. Su lectura era la preferida de Fernando y acudía a ellos siempre que era necesario.

Ocho años estuvo en el monasterio de Coimbra. Allí se ordenó sacerdote, aunque siempre estuvo casi oculto en sus desvelos por encontrar la instrucción más perfecta.

Y en esos ocho años ya contaba con la admiración de sus hermanos y superiores de la orden. Tanto que ya le consideraban un hombre santo y sabio.

Tanta cercanía le unía a Jesucristo y tanto bien hizo a sus compañeros, que era asiduo enfermero de quienes caían en dolencias o por su edad avanzada necesitaban de cuidados especiales. Al parecer uno de esos días que dedicaba su tiempo a atender a los enfermos, uno de ellos estaba con una fiebre tan alta que le hacía enfurecerse del dolor y el delirio le llevaba a padecer mucho. Entonces pidiendo a Dios que ayudara a aquel enfermo, Fernando se quitó su hábito y lo extendió sobre el lecho del enfermo. Al momento el enfermo se calmó y halló paz en su dolencia.

Dicen que hasta en algún momento, cuando el sacerdote elevaba la sagrada eucaristía para consagrarla en la iglesia del monasterio, Fernando estuviera donde estuviera, al oír la campanilla que avisaba del momento de la consagración, se ponía de rodillas y a través de las paredes del monasterio la gente podía ver y adorar al Señor.

Rondaba entonces el año 1217 cuando llegaron a Coimbra unos frailes franciscanos para pedir a la Reina consorte Doña Urraca establecer una comunidad. Ella les cedió unos terrenos entre olivares cerca de una capilla dedicada a San Antonio Abad próxima a la Ciudad y allí se instalaron en un improvisado eremitorio con unos palos y ramajes.

Llamaron a su elemental comunidad convento de San Antonio de Olivares.

Convento de San Antonio de los Olivares - Coimbra

Practicando la filosofía de Francisco de Asís, fundador de la orden, los religiosos oraban y se entregaban a la penitencia. También en pareja recorrían la Ciudad y sus alrededores pidiendo limosna para subsistir y ayudar a los más pobres y desahuciados. Así visitaban también el imponente monasterio de Santa Cruz, donde Fernando les atendía cuando llegaban a pedir caridad.

Entre visita y visita, nuestro querido Santo de Padua entabló amistad con uno de los frailes que iban a pedir limosna. Habían coincidido en el ansia de servir a Dios de una manera muy humilde. Amar a Cristo hasta fundirse con él.

Cuentan que aquel hermano lego murió y San Antonio que estaba oficiando misa vio el alma de su amigo volar como un pajarillo camino al cielo. Este pequeño detalle cambió el pensamiento de Fernando. Estuvo madurando una oportunidad que su querido amigo ascendido a los cielos tras su muerte le había ofrecido en aquella visión. La mayor de las metas de Fernando era servir a Dios imitando lo más posible a Cristo.

Comprendió que aún había una forma de ser más humilde y de negarse a sí mismo. Comprendió que su situación, comparada con la de aquellos pobres frailes franciscanos era de un auténtico privilegiado. Comprendió que la entrega de los Franciscanos con un hábito prácticamente harapiento y una pobreza que rozaba la penuria, le acercaría más a Jesucristo.

Pero su decisión de ingresar en la orden de los franciscanos se fraguó cuando llegaron unos frailes venidos desde la porciúncula, su casa madre, enviados por Francisco de Asís para propagar la palabra de Dios a los infieles Musulmanes y que por orden de la Reina Doña Urraca, se hospedaron en el monasterio de los Agustinos, (por cierto, Doña Urraca que era proveniente de la realeza de Castilla era tía carnal de Fernando III el Santo, nuestro Santo Patrón de la Ciudad de Sevilla San Fernando).

Allí en el monasterio de Santa Cruz nuestro San Antonio les recibió y tuvo ocasión de compartir con ellos la filosofía de San Francisco y de aquella forma, nueva para nuestro aún joven Fernando, convertirse de una forma casi más directa en un mártir, dando la vida por Jesucristo.

La intención de estos frailes menores era la de arribar a las costas de la actual marruecos, entonces al-Ándalus, dado que allí encontrarían la tranquilidad de sus habitantes para ofrecerles a Cristo para convertir sus almas, aunque siendo conscientes de que en el intento, a buen seguro, serían martirizados.

Estos Franciscanos llegaron a las costas africanas de al-Ándalus, pero como era de esperar no mucho tiempo después de estar difundiendo la palabra de Dios, fueron apresados y la muerte les llegó sin piedad. Gracias al Infante don Pedro, hermano del Rey de Portugal Alfonso II, los cuerpos fueron encontrados y rescatados para llevarlos a Coimbra como dos verdaderos héroes de Dios.

Llegaron los cuerpos de los cinco franciscanos al monasterio de Santa Cruz y nuestro querido San Antonio quedó muy impresionado por la gran gesta que aquellos humildísimos y sencillos frailes, sin más que un harapiento hábito y la sagrada biblia, cruzaron desde Italia por Francia y los Reinos españoles para llegar embarcados en Portugal a las costas africanas, a sabiendas de que predicar a Cristo les llevaría a la muerte.

Eso no acobardó a Fernando. Eso le dio las alas que necesitaba para concluir que su sitio estaba en la más pobre y humilde, pero a la vez muy grande, tarea de ser un propagador de la fe cristiana y ser alcanzado también por el martirio.

Así inflamado por aquella idea y con mucha alegría decidió que dejaría la orden de los Agustinos para convertirse en Franciscano. No fue fácil. El Prior de la orden se negó con rotundidad. Perder a tan excelso miembro de su comunidad, bien instruido y sabio, además de estar casi tocado ya entonces por la santidad. Todos los miembros de su comunidad estaban confundidos por aquella idea de Fernando.

Pero él insistió y al fin aquellos sencillos frailes acogieron con gran satisfacción a Fernando. Y allí con ellos, en aquel pobre eremitorio de palos y ramas, el joven Fernando Martín de Bulhoes y Tavera, dejó su traje de Canónigo Regular de San Agustín y su nombre para llamarse desde aquel momento Antonio, fray Antonio, en honor al titular de la capilla de aquel pobre convento que le aceptó, San Antonio Abad, y vistió aquel tosco sayo franciscano ceñido con una sencilla cuerda.

Entre cierto desencanto y a veces burla de sus antiguos compañeros Agustinos, Antonio va enganchándose a la nueva vida que en breve tendría otro nuevo sobresalto. Quizá el sobresalto más importante para su vida.

Consigue Antonio convencer a su nueva comunidad franciscana que le dejaran marchar a tierras árabes para seguir los pasos de aquellos cinco mártires, y aunque era nuevo en la congregación, ciertamente su filosofía les llenaba de gozo, y con los ánimos aun un poco enrarecidos por parte de los antiguos compañeros de congregación, podía ser positivo que se marchara una temporada de Coimbra.

Es así como junto a Fray Felipe, Antonio parte a Oporto para embarcar rumbo a las costas africanas de al-Ándalus y conseguir su sueño de predicar la palabra de Dios y ser martirizado, alcanzando de ese modo la vía directa a la presencia de Dios si les apresaban para matarles.

Pero Dios tenía reservado para Antonio otro modo de servirle.

Embarcados ya camino a su nuevo deseado destino, el martirio le llega de forma no prevista. Unos dicen que sí llegó a desembarcar en al-Ándalus, otros simplemente que no llegó a pisar tierras árabes, pero la cuestión es que una enfermedad y una tempestad pusieron su vida y su barco a la deriva. En ese trasiego por fin llegan a las costas italianas de Mesina donde vaga durante un tiempo, enfermo y medio perdido, siendo acogido por la comunidad franciscana que se encontraba a las afueras de la Ciudad siciliana.

Se recupera con alegría, dada la suave temperatura de la isla y en pocas semanas se pone en marcha con mucho entusiasmo porque el Seráfico Padre Francisco de Asís convoca Capítulo de la orden para finales de Mayo.

En un año y medio, desde primeros del año 1220, había cambiado de orden, embarcado para viajar hacia el martirio musulmán, enfermado, desviado de sus pretensiones llegando naufrago a Sicilia y camino de Asís se encuentra recorriendo a pie setecientos kilómetros. Recorrido que realiza sin otra compañía que la de su libro sagrado preferido, los santos evangelios.

Ya en la Porciúncula cae en la cuenta que es un desconocido total. Es un extranjero llegado allí casi por casualidad y rodeado de grandes frailes que dirigían el Capítulo de la orden que había de celebrarse en pocos días. Antonio pasa por ser un sencillo fraile novicio.

En esa reunión capitular de la Orden, pasa totalmente desapercibido y solamente habla con el provincial de la zona para que le reciba entre sus frailes como un sacerdote sencillo. Antonio se guarda sus estudios y sus proezas para él. Hizo un ejercicio enorme de humildad. No quería sobresalir. Sólo quería volver a la oración y a la reflexión.

Eremitorio de Montepaolo - Italia

Así el provincial le envía al eremitorio de Montepaolo, necesitaban de un sacerdote para atender a los frailes que se dedicaban allí a la contemplación y la penitencia. Era un lugar perfectamente solitario y retirado del bullicio lo suficiente para corresponder los deseos de sus últimos y ajetreados acontecimientos vividos. En poco menos de un año fray Antonio había vivido de forma tan extrema que en la relación con sus hermanos frailes a veces le superaba la dureza con la que sometía a su cuerpo, con ayunos y penitencias.

Pero el provincial Fray Gracián, que conoció de sus prácticas tan santificadoras le pidió un poco de moderación. Antonio le hizo caso y participó en la cuaresma de 1222 en un acontecimiento festivo de las órdenes de los dominicos y franciscanos, que conjuntamente en Forlì, Ciudad cercana a Montepaolo, celebraban ordenamientos sacerdotales.

Aquel acontecimiento era una verdadera fiesta para los religiosos y una vez terminada la ceremonia de ordenamiento de los frailes novicios, se compartía un ágape y en vez del actual brindis se elegía un miembro de alguna de las órdenes para que ofreciera un discurso que alentara a los nuevos sacerdotes y a todos los reunidos en general.

Los dominicos rechazaron la invitación del provincial, casi para que alguno de los franciscanos sencillos y humildes pusiera en evidencia su poca preparación teológica.

Pero Fray Gracián sabía que Antonio escondía una enorme luz interior que no se había descubierto aún y le pidió que fuera él quien dedicara unas palabras a la asamblea.

Antonio se sorprendió por la insistencia y por mera obediencia accedió a la invitación de la oratoria. Con poco convencimiento y con mucha timidez, aquel fraile apocado, delgaducho e insignificante, comenzó a hablar al selecto público allí reunido.

Pero pronto aquellas tímidas palabras fueron haciendo que Antonio se gustara de hablar de Jesucristo a los presentes. Era totalmente espontáneo, suave pero con atracción. Gesticulaba y se expresaba con una claridad que iba maravillando a todos los presentes.

Tanto que pronto cayeron en la cuenta de que tenían ante ellos un orador privilegiado y que había estado escondido para el mundo. Y Fray Gracián comprendió que no se equivocaba, tenía ante él al que trajera gloria a los franciscanos.

Hasta el propio Francisco de Asís conoció la noticia y se alegró tanto que llegó a exclamar: –Al fin, ya tenemos obispo.

Sabía que habría de convertirse en un orador de prestigio para sus hermanos, el apóstol tan ansiado para su orden.

Y así fue, aunque Antonio quería seguir escondido en aquel lejano eremitorio, cómo el provincial le encargó que debía predicar y fue recorriendo su región de la Romaña, pero también la Lombardía y la Provenza, incluso en algunas poblaciones de Francia. Estuvo nueve años recorriendo la mitad norte de Italia.

Es en aquellos años cuando de nuevo los milagros y la leyenda aparecen en torno a San Antonio. Había llegado a Rímini, una Ciudad a orillas del mar Adriático, donde la población había degenerado en la entonces llamada herejía. Distanciados de toda vida y práctica religiosa, los más santos oradores y clérigos habían intentado predicar en aquella Ciudad para convertir los corazones a Dios. Incluso un Obispo, el santo Hildebrando, tuvo que huir de las amenazas de los riminenses.

Antonio no fue distinto para los irrespetuosos y beligerantes herejes de Rímini, en principio. Se burlaban de su estatura, de su poca envergadura. En cuanto Antonio le ofrecía palabras llenas de sabiduría y santidad, ellos se las devolvían llenas de veneno y ponzoña.

Pero entonces Antonio cerca del mar en un nuevo intento de predicarles la grandeza y la salvación de Dios, y viendo de nuevo que todos los por allí pasaban se reían de él, se puso en la orilla mirando al mar y comenzó a predicar a los peces:

> - Oíd vosotros peces la palabra de Dios ya que los infieles no quieren oírlas.

De nuevo todos se burlaban de él. Pero de pronto se hizo un silencio, que de murmullo tornó en perplejidad y admiración.

Mientras Antonio pronunciaba su discurso de cara al mar, los peces comenzaron a acudir a la orilla. Peces de todos los colores y especies. Pequeños y grandes.

San Antonio les dijo:

> - Hermanos míos peces, mucha obligación tenéis en dar gracias según vuestra posibilidad a vuestro creador que os ha dado móvil elemento para vuestra habitación de modo que tenéis a vuestro gusto aguas dulces y saladas. Y os ha dado muchos refugios para protegeros de las tempestades. Os dio también un elemento claro y transparente, y comida con qué vivir.

Los peces le escuchaban y asentían.

Aunque ya parecía que los incrédulos e irreductibles herejes comenzaban a acercarse a la playa admirados, Antonio seguía hablando a los peces.

- Dios, vuestro Creador, cortés y benigno, cuando os crio, os dio el mandato de crecer y multiplicaos y os echó su bendición. Después, cuando durante el diluvio universal morían todos los animales, sólo a vosotros os preservó de daño. Además os proveyó de aletas para que podáis discurrir por donde os plazca.

Ya comenzaban a cambiar su parecer los allí presentes y murmuraban la grandeza que estaban contemplando y veían al pequeño fraile como un verdadero Santo que obraba milagros.

Pero Antonio no desistía de su discurso a los peces:

- A vosotros fue dado, por disposición divina, guardar al profeta Jonás y echarlo en tierra al tercer día sano y salvo. Vosotros proporcionasteis a Nuestro Señor Jesucristo la moneda del censo, que Él, como pobrecillo, no tenía que pagar. Vosotros fuisteis alimento del eterno Rey, Jesucristo, antes y después de su resurrección, por singular misterio. Por todo lo cual tenéis mucha obligación de alabar y bendecir a Dios, que os hizo tantos y tales beneficios, con preferencia a las demás criaturas.

Y añadió para que le escucharan bien todos los reunidos en la playa:

- Bendito sea el eterno Dios, que más le honran los peces que los hombres herejes y mejor escuchan su palabra los animales irracionales que los hombres infieles.

Cuando terminó, bendijo a los peces y todos volvieron a las profundidades del mar. Se volvió y ya con la atención conseguida hacia sus palabras les habló con dulzura y pasión de Dios.

Tuvo Antonio que estar varios días en Rímini para predicar y cosechar la conversión de todos sus extraviados ciudadanos. Pero aun con los comentarios de aquellos que vieron a Fray Antonio obrar aquel milagro en la orilla del mar, hubo un importante labrador que siguió mofándose de sus obras, de sus palabras, de todo cuanto le contaban.

Llegó a tentar al Fraile franciscano para que hiciera otro milagro y de ese modo creería. Antonio accedió convencido de que Dios estaba con él y le pidió al labrador que fuera él mismo quien le dijera qué milagro era de su gusto pedir. Con gran sonrisa le dijo que él tenía una mula, que la dejaría tres días sin comer y que entonces delante del animal pondría un buen recipiente con el pienso y él expusiera la sagrada eucaristía. Si la mula elegía ir tras la Hostia, se rendiría y creería en Dios.

Y así ocurrió, a los tres días de aquello, en la plaza del mercado el labrador llevó su mula para conseguir que el fraile hiciera el ridículo en público. Entonces Antonio al otro lado del animal elevó la sagrada forma y el animal se desentendió del hambre se volvió hacia Antonio y cayó de rodillas ante el Señor sacramentado. Toda la plaza al unísono rompió el silencio murmurando la proeza que de nuevo aquel pequeño fraile franciscano había logrado obrar, incluso ante el desafío jocoso de aquel labrador malintencionado.

Aquel labrador, con cara desencajada, al igual que toda la plaza, comprendió que Dios estaba con aquel santo fraile y aceptaron seguir a Cristo convertidos y convencidos de Su real presencia en el Santísimo Sacramento del Altar. De este modo muchos lugares recibieron la noticia de aquellas proezas obradas por Antonio y muchos querían que visitara su Ciudad y escuchar sus santas palabras.

Así aquel fraile, poco tiempo atrás desconocido y casi rechazado por muchos, con sus palabras de Amor y su actitud de verdadero apóstol de Cristo, logró tener en vilo varias regiones que le esperaban con alegría para tenerle entre ellos.

Pero también tuvo que acudir a Bolonia llamado por Francisco. Ahora también le elogiaban los grandes oradores, que apenas tenían unas palabras con Antonio, enseguida veían en él la grandeza de un gran teólogo. Por eso Francisco le encargó que también dedicara algún tiempo en preparar a sus hermanos franciscanos.

Con alrededor de veintiocho años, Antonio compaginaba sus predicaciones con la enseñanza como maestro en teología.

Pero siguió visitando Ciudades y atendiendo importantes invitaciones para convertir con sus palabras sabias. En esos nueve años que estuvo recorriendo pueblos y ciudades, Antonio también estuvo en Montpellier, Toulouse, Bourges, Limoges, llegando a su plenitud de vida en la enseñanza, en la predicación, en la escritura.

Y es entonces que aquel apóstol de Dios con treinta años es elegido por sus compañeros en Superior o Guardián del convento en Puy-en-Velay, aunque por poco tiempo, ya que sus predicaciones eran suplicadas desde todos los lugares cercanos y lejanos por aquella región de Francia, además de que le nombraran también Custodio de la pequeña región de Limoges y Guardián del nuevo convento.

Al final de esos dos años por Francia el 3 de Octubre de 1226, el General y fundador de la Orden, Francisco de Asís, fallecía. Y como es de rigor quedaba convocado el Capítulo General para elegir un sucesor, además de los cambios necesarios para cada una de las Provincias y Custodias.

Antonio llegaba a Asís a tiempo para la celebración en fechas de Pentecostés de 1227 y ya se podía ver la diferencia que las miradas hacían valer la transformación que aquel pequeño fraile extranjero y desconocido había experimentado en pocos años.

De esos nueve años que estuvo dedicado a la predicación recorriendo pueblos y ciudades, habían pasado seis. Desde aquella celebración del Capítulo General de la primavera de 1221 hasta ésta obligada reunión de los responsables de la Orden en toda la cristiandad, Antonio había sido una constante imprescindible para la orden franciscana.

Sus logros de conversión, sus milagros, sus predicaciones más importantes habían recorrido de una punta a otra el mundo cristiano. Ya no era un desconocido. Ya era un importante miembro de los frailes menores de Francisco de Asís.

Tanto así que le hicieron responsable de una de las más importantes provincias de la orden. Le nombraron Provincial de La Romaña. Región italiana situada al norte del país y que comprende Ciudades ya visitadas por Antonio, como Forlì, Rímini y Bolonia, entre otras.

Lógicamente tuvo el tiempo necesario para visitar la tumba del Santo fundador y meditar tranquilamente en su presencia espiritual. Visitó igualmente la porciúncula, su celda sencilla donde Francisco moraba y donde murió. Visitó aquella ciudad medieval, cuna y tumba del Seráfico Padre.

También estuvo unos días por aquella zona montañosa donde fue acogido por su antecesor Provincial y Guardián de la Romaña, aquel pequeño eremitorio de Montepaolo.

Tuvo ocasión de refrescar los recuerdos y aumentar su compromiso fraternal, ampliando sus ganas de seguir en su oratoria de Cristo.

Es así que como Provincial va visitando sus conventos encargados y sus hermanos, aunque también siguió trabajando en su apostolado entre el pueblo que ansiaba sus predicaciones. También visitó Roma por encargo del General de la Orden que necesitaba de solucionar algún asunto con la curia romana.

Predicó ante la Corte Pontificia invitado por el Papa Gregorio IX, admirador de Francisco de Asís y de su Seráfica Orden Franciscana. Tanto agradó a los selectos oyentes y al propio Papa la predicación de Antonio que le elogió diciendo de él que era “Arca de ambos Testamentos y depósito de las divinas Escrituras”.

En esos años siguió proclamando la palabra de Dios por cuantos lugares era necesario. Estuvo de nuevo en Rímini donde le recibieron con mucha alegría, pues todos allí recordaban sus milagros.

Pero también visita Trieste, Porta Cavanna, Pola, Udine, Cremona. Todo esto en el mismo año 1227, y en el siguiente 1228 acude a Cividale, Treviso, Conegliano y Venecia.

Pasó la cuaresma en Padua, luego estuvo en Ferrara y en Bolonia predicó el Adviento.

Ya pasado ese año y entrado en 1229 predicó en Florencia, en Milán, Vercelli, Varesse, Bérgamo, Brescia, Breno, Val Camina, llegando a Trento y de allí Verona, Mantua y Udine.

En este último pueblo mencionado, Udine, Antonio a falta de púlpito y rodeado de una extensa muchedumbre les tuvo que predicar subido a un árbol. Pero ante insultos y desprecios hubo de marcharse del lugar, sacudiendo sus sandalias como Jesús poniendo camino de por medio.

Pero aquellos habitantes de Udine dándose cuenta de quién era aquel predicador al que insultaron, arrepentidos, con el tiempo fueron a visitarle en Padua y después de su muerte construyeron una capilla en su honor poniendo en ella una imagen de San Antonio predicando desde un árbol.

En todas aquellas Ciudades importantes tuvo Antonio predicaciones y también milagros que ayudaban a convertir a aquellos que pudieran burlarse de él y de la fe Católica con gentes de toda posición y clase. Labriegos, banqueros, religiosos, todos quedaban admirados ante la luz de la palabra que Antonio les regalaba.

Fueron los últimos meses de trasiego para Antonio. Él siempre que podía recurría a la soledad apartándose del bullicio para refugiarse en la tranquilidad y sencillez de la oscura celda que le proporcionaba el ambiente más propicio para orar, reflexionar y cargar energías espirituales.

Es convocado en la primavera de 1230 un nuevo capítulo general que venía cargado de tormenta, provocada por la doble vertiente de sus miembros capitulares. Como era habitual a estas reuniones generales ordinarias sólo acudían los responsables de las provincias para tratar de asuntos importantes, y alguno de ellos venía ya fraguándose antes de la muerte de Francisco de Asís.

Esos dos bandos marcados estaban dirigidos por el vigente General de la Orden Fray Juan Parenti, quien contaba con la justa visión de Fray Antonio y por otro lado Fray Elías. La disputa tenía como principal foco una de las primitivas reglas que observaba la pobreza extrema. Por un lado se defendía la observancia literal de la sencillez y pobreza franciscana, y por otro se veía positivo alterar un poco esa seráfica medida de pobreza.

Discutieron sobre el tema llegando a la conclusión de llevar una comisión a Roma para consultar y debatir el asunto ante el Papa Gregorio IX.

Tanto Fray Elías como Fray Antonio el Principal de la Orden Fray Juan Parenti, Gozaban del respeto y simpatía del Papa. Pero Fray Elías se había excedido en alguna de sus funciones como Vicario General de la Orden, nombrado en su día por el mismo Francisco, por intentar imponer su visión de manera poco cristiana.

Por una parte Fray Elías había convocado a todos los religiosos de la Orden al Capítulo General, cuando la norma ya sólo autorizaba a los Provinciales y Custodios para acudir a la misma. Por otra parte había sido encargado a la muerte de Francisco y tras el proceso de su canonización que tuvo lugar año y medio después de su fallecimiento en 1226, la construcción de una basílica para custodiar y exhibir el Sepulcro del Seráfico Padre San Francisco de Asís.

Poco tiempo antes de la celebración en 1230 de la Asamblea General de los Franciscanos habían acabado las obras de la parte baja de la basílica y Fray Elías adelantó el traslado de los restos del San Francisco al nuevo sepulcro, para así privar a los Capitulares de tan piadosa ceremonia.

Finalmente ante tanto desacierto por parte de Fray Elías y con la defensa justa del proceso a debatir con Su Santidad por parte de Antonio, el Papa agradeció a los religiosos presentes su fervor para interpretar y observar las reglas de la orden, reprendiendo a Fray Elías por su postura intransigente.

Felicitando a Antonio y viendo que su salud había mermado sobremanera con tanto trasiego y defensa de sus responsabilidades en la orden, le liberó de todos los cargos para que pudiera dedicarse a la oración y a la contemplación, encargándole componer y escribir sus sermones.

Antonio halló consuelo y alegría en las palabras del Papa porque por fin podría retirarse en un convento donde encontraría paz en el estudio y la oración.

Pasado el verano de ese año Capitular de la Orden, liberado de sus cargos, Antonio se retira al convento de Santa María en Padua. Él ya había estado allí dos años antes. Conocía sus calles y sus gentes. Le tenían un cariño especial al fraile franciscano y parecía haberse creado con su llegada una relación muy espiritual.

Basílica de San Antonio de Padua (Santa María en origen) - Padua

Pero en los primeros meses desde su llegada Antonio precisaba únicamente de retiro espiritual, lejos de toda predicación ni responsabilidades.

Así incluso marchaba a un pequeño convento dependiente de Santa María en Padua que se llamaba Arcella. Allí a las afueras de Padua se encontraba en paz y tenía tiempo y tranquilidad para dedicarse a lo que más le confortaba, orar, meditar y escribir.

Incluso recibió el encargo del por entonces Cardenal de Ostia, Rinaldi dei Conti, Protector de la Orden y que luego fuera Papa con el nombre de Alejandro IV, de escribir los sermones para las fiestas de los Santos de todo el año.

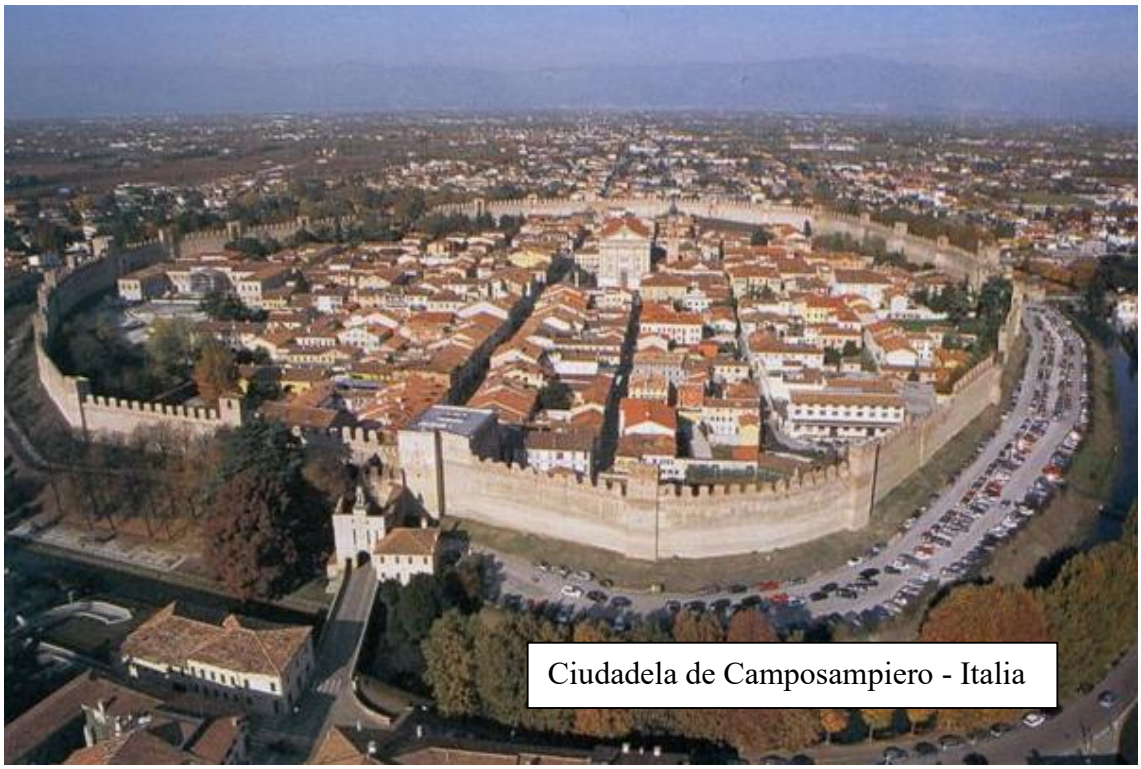
Aunque no era su vocación escribir, Antonio por las lógicas circunstancias se convirtió en escritor y procuró de su puño e inspiración libros como: Sermones Dominicales, Sermones para las solemnidades de los Santos y Sermones en honor y alabanza de la Beatísima Virgen María. También con especial mención escribió la Exposición de los Salmos.

Santuario de Arcella - Padua

Su dedicación incansable de profesor, de superior de la orden y de predicador, aun le dejaban un pequeño espacio donde dedicar a la escritura. Es también muy probable que dejara escritas sus lecciones y también muchos de sus sermones. Quizá esquemas o síntesis de ellos. Pero sin duda habría escrito mucho más si su muerte no hubiera sido tan prematura.

Pero no terminemos aún esta exposición, porque aunque ya es poco lo que queda por relatarles de nuestro Santo Patrón San Antonio de Padua, aún quedan algunas notas que son interesantes para comprender su vida y su obra.

Fue en esa época de retiro ya en Padua donde hemos plasmado durante siglos a San Antonio con la pintura que le muestra con la Sagrada Biblia en la mano y con el Niño Jesús en su regazo.



Ciudadela de Camposampiero - Italia

A unos kilómetros de Padua había un castillo que habitaba el Conde Tisso de Camposanpiero. Era muy devoto de San Francisco de Asís y tenía a los frailes menores como amigos. Tanto así que en su castillo tenía reservada una zona donde se hallaba una capilla y unas habitaciones que había cedido al cuidado de los franciscanos y desde allí prestaban servicios religiosos a la familia y a los habitantes de las cercanías.

En una ocasión invitó a Fray Antonio para que pasara unos días en sus dependencias condales y éste aceptó la invitación. Antonio vio que serviría como retiro espiritual para abandonarse en aquellas habitaciones oscuras sin que le molestara el más mínimo ruido.

Una noche cuando ya todos descansaban Antonio seguía de rodillas orando, con la sagrada biblia en una mesita muy cerca de él, a la que acudiría con seguridad para leer o consultar episodios sagrados. Y tal era el éxtasis de sus oraciones que el conde a través del agujero de la cerradura vio al niño Jesús ante Antonio, despedía rayos de luz que iluminaban la celda y le regalaba caricias al fraile santo.

Tanto impresionaron aquellas visiones al conde que al poco tiempo, dejó sus posesiones y entró a formar parte de los frailes franciscanos.

Monumento de la visión de San Antonio de Padua en Camposampiero.

En su última etapa Antonio de nuevo sintió necesidad de predicar públicamente, y en la cuaresma de 1231 predicó los cuarenta días de la cuaresma, enfocados en conservar la paz que en esos días se había perturbado por la guerra que los paduanos sufrieron contra los veroneses. Intentó por todos los medios hacer entrar en razón a los contrincantes de Padua. No consiguió retener el enfurecimiento de aquellos obstinados hombres, pero el tirano veronés comprendió la integridad santa de Antonio.

Poco tiempo le quedaba de vida a Antonio. Su enfermedad le restaba el aliento a pasos agigantados. El conde Tisso, amigo de Antonio le ofreció de nuevo retiro en su Castillo y en su camino hacia Camposampiero, en la colina desde la que se divisa toda Padua, quedó un momento en oración con las manos extendidas y mirando al cielo. Al volver de la oración, dijo estas palabras de bendición:

> - ¡Bendita seas, oh Padua, por la hermosura que en ti se encierra! ¡Bendita seas por la riqueza de tus campos! ¡Bendita seas también por la corona de gloria que el cielo te prepara en este momento!

El conde que ya tenía en su interior la idea de abrazar la pobreza y entrar en la orden de los frailes menores, no cabía en sí de gozo porque tenía como invitado al fraile santo. Todos ya desde hacía tiempo que le consideraban un santo de Dios. Y aquel noble paduano veía en él a un ángel de Dios.

Pero Antonio para no incordiar con atenciones a los anfitriones del castillo ni a sus propios hermanos que allí cuidaban de su capilla, pidió que en aquel bosque tupido le hicieran una tienda con palos y ramajes para estar cerca de la pobreza, recordando sus primeros días en Coimbra en aquella primera comunidad franciscana de San Antonio de Olivares a la que se incorporó dejando atrás la comodidad y la riqueza de la orden de los Canónigos Regulares de San Agustín.

Incluso para no darles trabajo extra a sus compañeros, todos los días bajaba del bosque al castillo para dar misa y también a la hora de la comida.

Repasaba su vida, recordaba los pajarillos de su infancia en los campos de su padre, recordaba sus anhelos y sus metas que se iban cumpliendo y también aquellas que Dios había desviado de su camino.

Recordaba sus largas caminatas, su tiempo de oración en medio de la naturaleza. Recordaba sus altas responsabilidades, sus sermones, sus conversiones. Y de más recordaba esos momentos de éxtasis donde Jesucristo mismo le visitaba en su celda y le acariciaba.

Poco le quedaba de vida y en un empeoramiento de salud, le pidió a su compañero que le llevara al convento principal de Santa María en Padua. Quería evitarles trabajo extra, pero además era su deseo morir en Padua. Sus hermanos frailes se apresuraron a complacer a Antonio.

Hicieron una silla de mano para llevarle por el bosque. El conde y su familia acompañaron a Antonio en su último camino. Unos hombres robustos llevaron la silla. Anochecía ya y la luz anaranjada hacía de la vista una estampa imborrable para sus ojos.

Fray Antonio ya casi no tenía respiración. Veía Padua entre oraciones. Pararon en Arcella, aquel pequeño convento a las afueras de la Ciudad, donde uno de sus frailes responsables creyó oportuno que quedaran allí esa noche para descansar y también para adecentar la llegada de Antonio a Padua. Aunque quizá el revuelo de los habitantes podría ser desmesurado viendo llegar al fraile santo en aquellas condiciones.

Pero la situación no daba lugar a más traslados.

Esa noche Antonio pidió su confesión. Se le dio la sagrada comunión. Eso le reconfortó para poder hacer una última oración y terminó con su pequeño canto preferido a la Santísima Virgen María: O gloriosa Domina.

> - Oh gloriosa Señora, elevada sobre las estrellas, que en vuestro seno santificado habéis criado providencialmente a vuestro Creador. Lo que nos quitó la triste Eva, Vos lo devolvéis por vuestra santa fecundidad; Vos sois el camino que hace entrar en el cielo a los que lloran. Vos sois la puerta del gran Rey, la brillante entrada de la luz. Pueblos redimidos, cantad a la Vida dada por la Virgen. Gloria a Vos, Señor, que habéis nacido de la Virgen, así como al Padre y al Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.

El Amor, esa historia de Amor de la que hablaba al principio, llegaba a la meta esperada.

Antonio por fin estaba a las puertas de la muerte. Allí donde siempre quiso llegar a través del Amor. Encontrarse con el mismo Jesucristo de una vez para siempre.

Dicen que comenzó a llorar. Su rostro se inundó de lágrimas. Pero lágrimas de Amor, lágrimas de alegría, lágrimas de agradecimiento, lágrimas de fervor.

Fijó su mirada en un punto infinito, una sonrisa le aclaró el rostro y una luz sobrenatural pareció cambiar el color de su piel.

Unas palabras parecían salirle pero no se entendía nada de lo que mascullaba.

Y entonces le preguntaron:

- ¿Qué te pasa Hermano?

Y fray Antonio respondió:

- Veo a mi Señor.

Uno de los hermanos allí pendientes del hilo de vida que ya se le escapaba a Antonio dijo de administrarle el sacramento, entonces llamado de la Extremaunción.

Pero Fray Antonio le dijo al oído:

> -No es necesario que me unjas con este Sacramento, porque he tenido ya otra unción interna en el alma. Con todo, ya que es también útil, me llena de regocijo el que me la administres.

Extendió las manos en forma de cruz y recibió con alegría el Sacramento y luego juntando las manos para rezar, recitó con sus hermanos los Salmos Penitenciales.

Estuvo aun un buen rato interiorizado, orando, y cuando volvió en sí, con muy dulce mirada recorrió los ojos de todos sus hermanos y amigos regalándoles su última sonrisa santa, dejando este mundo finalmente con paz y sosiego.

Era 13 de Junio de 1231. Alrededor de treinta y seis años contaba el día de su muerte.

Quince años había estado en su casa familiar, junto a su querida madre. Ella le había infundido el Amor a Jesucristo.

Diez años había estado con los Canónigos Regulares de San Agustín en Coimbra y Once en la Orden Franciscana de los Frailes Menores de San Francisco de Asís.

Quizá fue breve su vida, pero llena de intensidad religiosa. Llena de Amor a cuanto le rodeaba. Esta fue su vida. Una historia de Amor que le valió para ser Santo y Doctor de la Iglesia. Una vida de Amor que le valió para tener el privilegio de ser visitado en sus oraciones por Jesucristo en muchas ocasiones, sobre todo bajo la apariencia de Niño Jesús.

Prácticamente Santo desde su juventud Fernando de Bulhoes fue canonizado San Antonio de Padua sin que pasara un año desde su muerte.

Gregorio IX le declaró Santo de la Iglesia el 30 de Mayo de 1232.

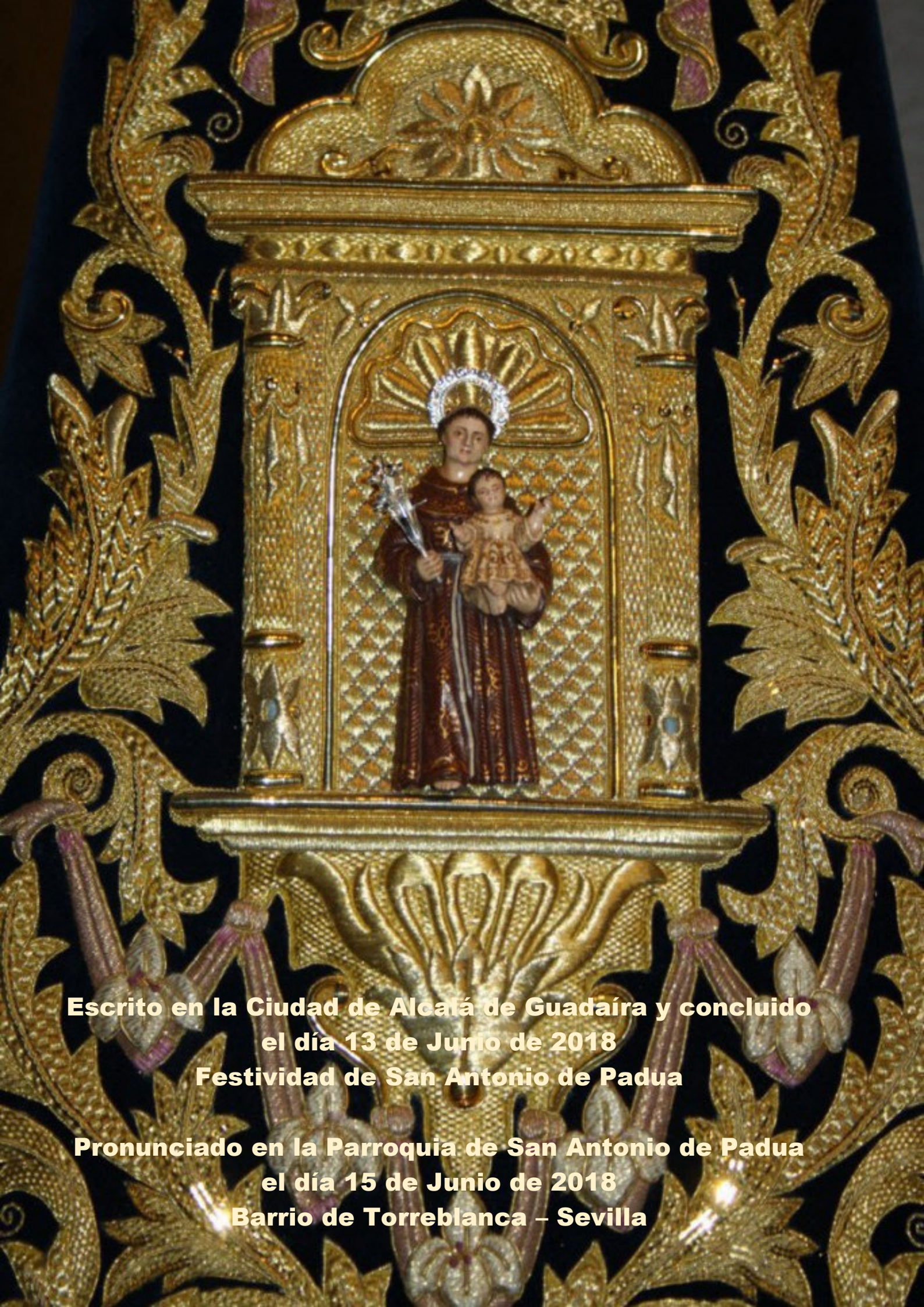
En enero de 1946 el Papa Pio XII le declaró Doctor de la Iglesia, con el título especial de Doctor Evangélico.

Es el santo más popular del mundo. Es patrón en una centena de Ciudades, pueblos o regiones, amén de las comunidades o hermandades que le tienen como titular, como es el caso de esta Parroquia y de nuestra Hermandad.

Dejó infinidad de escritos, algunos libros que he detallado aquí, oraciones y fiestas de la iglesia. Pero quiero terminar con esta oración que casi todos vosotros conocéis. Es una Oración que inspiró San Antonio en algún anónimo bienhechor que nos la dejó para la posteridad:

¡Señor, haz de mí un instrumento de tu paz!
Que allí donde haya odio, ponga yo amor;
donde haya ofensa, ponga yo perdón;
donde haya discordia, ponga yo unión;
donde haya error, ponga yo verdad;
donde haya duda, ponga yo fe;
donde haya desesperación, ponga yo esperanza;
donde haya tinieblas, ponga yo luz;
donde haya tristeza, ponga yo alegría.
¡Oh, Maestro!, que no busque yo tanto
ser consolado como consolar;
ser comprendido, como comprender;
ser amado, como amar.
Porque dando es como se recibe;
olvidando, como se encuentra;
perdonando, como se es perdonado;
muriendo, como se resucita a la vida eterna.
Amen.

He dicho.



Escrito en la Ciudad de Alcalá de Guadaíra y concluido
el día 13 de Junio de 2018
Festividad de San Antonio de Padua

Pronunciado en la Parroquia de San Antonio de Padua
el día 15 de Junio de 2018
Barrio de Torreblanca – Sevilla